

De la periferia urbana a la ciudad policéntrica

CARLOS MARTÍ ARÍS

Para la sociología urbana y para las disciplinas afines a ella, la ciudad no puede ser otra cosa que el fiel reflejo de la sociedad que en cada momento la habita y la construye. Las formas en que se dispone y se organiza la ciudad serían, pues, la materialización directa de los conflictos que afectan al conjunto de las fuerzas sociales. Esta definición es irrefutable. Sin embargo, resulta insuficiente si la consideramos desde el punto de vista de la arquitectura, ya que la tarea de ésta no puede limitarse a reflejar el estado de la sociedad sino que debe, además, interpretar sus aspiraciones y deseos a través de proyectos capaces de definir un horizonte y de marcar una referencia para la acción.

Esquema general de *Les trois établissements humains*, de Le Corbusier.

Somos conscientes de la complejidad que caracteriza al mundo en que vivimos y sabemos, por tanto, lo absurdo que sería reducir sus manifestaciones formales a un orden cerrado y concluyente.

La arquitectura y el urbanismo no pueden ser tan sólo el resultado de una adhesión pasiva a los fenómenos sociales y económicos. Por el contrario, deben desarrollar su propia reflexión y proponer modelos alternativos, es decir, deben correr el riesgo que siempre comporta el hacer, el actuar. Por ello, salvo en momentos históricos excepcionales, ha existido siempre una tensión y una divergencia difícil de colmar entre la ciudad real y la ciudad ideal que impulsa la cultura de cada época.

Esa pugna dialéctica entre realidad e idealidad adquiere una especial virulencia en el caso de la ciudad contemporánea. Buena muestra de ello son las visiones apocalípticas que con frecuencia presentan la ciudad del futuro como una mezcla de cárcel y estercolero donde el único código compartido es el de la brutalidad y la violencia. Pero, al mismo tiempo que se afirma la posición de los apocalípticos, aparece en sospechosa simetría con respecto a ellos, el fenómeno de los integrados, de los que encuentran fácil acomodo en los pliegues de la realidad, de los que aceptan de un modo complaciente y sin el menor atisbo de ironía o de crítica esa ciudad desparramada que extiende de modo indiscriminado la congestión a todo el territorio y que se ha dado en llamar ciudad difusa. Tanto apocalípticos como integrados muestran, de hecho, una radical incapacidad para incidir en la realidad o para establecer una relación dialógica con ella.

Somos conscientes de la complejidad que caracteriza al mundo en que vivimos y sabemos, por tanto, lo absurdo que sería reducir sus manifestaciones formales a un orden cerrado y concluyente. Pero, al mismo tiempo, pensamos que nuestros esfuerzos deben ir dirigidos hacia una interpretación de la realidad que propicie el logro de una mayor inteligibilidad de los fenómenos. Frente a la tendencia dominante que busca la caligrafía en los detalles mientras desatiende la legibilidad del conjunto, es preciso configurar escenarios que recuperen el sentido de la orientación a partir de una noción de orden que no se identifique con lo simple, lo estable y lo uniforme, sino que pueda abarcar lo múltiple, lo temporal y lo complejo.

La ciudad contemporánea se caracteriza por la dispersión, la ausencia de límites, la supremacía de la movilidad y un consumo de suelo en progresión exponencial, que impone duras hipotecas a su cada vez más extensa área de influencia, provocando, además, el progresivo deterioro de los elementos geográficos. Su entorno territorial no pertenece ya a la naturaleza, aunque tampoco puede ser considerado ciudad en sentido estricto. Es un ámbito en gestación, de rasgos difuminados e inconcretos, en el que se entretrejen, de un modo hasta ahora inédito, los núcleos compactos y los asentamientos difusos con las áreas agrícolas e industriales, mientras que los grandes centros comerciales y los equipamientos para el ocio definen sus estrategias de localización a partir del trazado de las grandes infraestructuras.

Estos fenómenos, que podemos englobar bajo el término *territorio urbano*, aparecen ya en algunas regiones de los Estados Unidos y de Europa hacia la mitad del siglo xx, y se generalizan a todo el ámbito del mundo habitado en las últimas décadas del mismo. El territorio urbano carece de fronteras nítidas e integra en su interior grandes fragmentos de suelo natural los

La ciudad difusa, un concepto con valor propio.
Fotografía: Generalitat de Catalunya.





Ni la territorialidad ni la memoria caracterizan a la ciudad difusa.

cuales, debido a una profunda mutación de las relaciones topológicas, ya no pueden ser considerados como espacios exteriores, ajenos a la ciudad, sino como otras tantas piezas del colosal puzzle con que se compone la ciudad contemporánea.

Asistimos así, al último acto del proceso de disolución de la ciudad tradicional que había comenzado en Europa en la segunda mitad del siglo XVIII.

La ciudad tradicional, debido a su condición de artefacto militar con explícitas funciones defensivas, se basaba en dos propiedades morfológicas principales: El carácter cerrado y la configuración monocéntrica. Ambas han sido vencidas a lo largo de los dos últimos siglos, pero no de un modo simultáneo. En una primera fase, el objetivo fue el logro de la ciudad abierta, una ciudad que liberándose del abrazo de sus murallas se extendiese por su entorno

La ciudad tradicional, debido a su condición de artefacto militar con explícitas funciones defensivas, se basaba en dos propiedades morfológicas principales: El carácter cerrado y la configuración monocéntrica.

territorial formando una amplia franja periférica que no ponía todavía en cuestión la idea de un único centro. Sólo en una segunda fase, que se inicia a partir de 1960, la nueva ciudad parece apuntar hacia la construcción de una retícula territorial que englobando los centros históricos y sus periferias así como los propios elementos geográficos, define un nuevo paradigma urbano: La ciudad policéntrica.

Es importante darse cuenta de que ciudad difusa y ciudad policéntrica no son términos sinónimos sino que aluden más bien a situaciones antagónicas.

Las primeras manifestaciones de la ciudad abierta se producen durante el período de la Ilustración y se concretan en operaciones que dotan a la ciudad de un amplio sistema de paseos suburbanos y de ejes territoriales que preparan su futura extensión. Tal vez, su expresión más alta, se alcanza con las propuestas de Frederick Law Olmsted en América y con las de Ildefonso Cerda en Europa. Tanto esos pioneros como los grandes urbanistas de la siguiente generación, ya fueran Joseph Stubben o Ebenezer Howard, cuyos tratados se publican hacia 1890, o bien Camilo Sitte o Arturo Sana, se propongan todos ellos recuperar un nuevo equilibrio entre ciudad y naturaleza, entre espacio edificado y espacio libre. La famosa consigna de Cerda, “rurizad lo urbano, urbanizad lo rural” resume, del modo más conciso posible, esta voluntad ampliamente compartida.

Pero esta declaración de intenciones bien poco tiene que ver con la ciudad industrial que acabó construyéndose. La gran literatura realista del siglo XIX nos ofrece numerosas descripciones de los barrios obreros en los que se hacina la población viviendo en condiciones infrahumanas. Más tarde, Lewis Mumford, basándose en todo este trabajo descriptivo, propondrá, haciendo gala de su extraordinaria capacidad de síntesis, una definición del tejido urbano de la ciudad industrial a partir de tres elementos o ingredientes básicos: el ferrocarril, la fábrica y el tugurio. Ésta es la verdadera sustancia de las enormes periferias que crecen, a caballo entre los siglos XIX y XX, en torno a los antiguos núcleos urbanos de las regiones industrializadas.

Se frustra así la expectativa que había creado el fin de la ciudad defensiva y las posibilidades de apertura que esa nueva situación propiciaba. Contrariamente a lo que algunos habían prefigurado, la ciudad surgida del desarrollo industrial ochocentista, en vez de reflejar los principios de la ciudad abierta, tenderá a responder tan sólo a las leyes de la especulación, acentuando su separación con respecto a la naturaleza, densificándose hasta el límite y generando unas condiciones de habitabilidad intolerables. Ésta es la ciudad con la que habrá de confrontarse la arquitectura moderna.

Las propuestas urbanas reformistas del Movimiento Moderno, tanto en el frente de la *ciudad jardín* como en el de la ciudad concentrada, van a tratar de restablecer una relación equilibrada entre edificación y espacio libre a través de una forma urbana capaz de incorporar los elementos geográficos y paisajísticos. Este objetivo aparece reflejado con nitidez en proyectos tales como el de Ernst May para la ocupación del valle del Nidda en Frankfurt.

El conflicto entre la idealidad de la ciudad abierta y la realidad de la ciudad industrial se va a reproducir en la siguiente fase evolutiva del hecho urbano, poniendo en evidencia que estamos ante una situación históricamente recurrente que en cada caso hay que saber interpretar. Ahora la hipótesis teórica que nos guía es la *ciudad policéntrica*, que comporta la formación de un complejo sistema de relaciones entre centros de distinta escala y potencialidad; a esa hipótesis se contraponen la realidad de un desarrollo urbano que apunta hacia la ciudad difusa, la ciudad explosionada y desparramada por el territorio.

El arte moderno toma con frecuencia la ciudad como tema de representación, en la medida en que ésta refleja mejor que cualquier otro escenario la tensión y el desasosiego que corroe la vida cotidiana.

En este sentido, es importante darse cuenta de que ciudad difusa y ciudad policéntrica no son términos sinónimos sino que aluden más bien a situaciones antagónicas. En ambos casos la ciudad se expande sin límite aparente y el territorio queda irrigado por flujos y actividades que lo nutren y lo proveen de aquellos fermentos que habrán de permitirle, en un futuro próximo, incorporarse a la estructura urbana.

Pero hay una diferencia sustancial entre las dos situaciones: Mientras que el modelo de ciudad policéntrica, si seguimos usando el símil de la irrigación, se basa en la noción de riego controlado, es decir, en la acción coordinada de embalses, canales, compuertas y acequias, que garantiza una ocupación del te-

territorio en el que se preserva su base geográfica y topográfica, en cambio la práctica habitual de la ciudad difusa equivale a un riego por inundación que pone en peligro la supervivencia de la base territorial, propiciando así la formación de un territorio sin identidad y sin memoria.

Pérdida del centro

A lo largo del siglo xx, la ciudad ha extendido sus dominios ocupando un vasto territorio, pero lo ha hecho, por regla general, sin poner en cuestión el carácter monocéntrico de su estructura. Sucesivas capas, cada vez más externas, han ido envolviendo el núcleo originario provocando en él una sobrecarga cada vez más difícil de soportar. La periferia urbana surge cuando las extensiones o añadidos del tejido urbano no poseen ya la capacidad de establecer un vínculo reconocible con ese núcleo que, sin embargo, es su razón de ser y su única referencia. En ese proceso los diversos fragmentos que componen la periferia pierden su atadura con respecto a la ciudad central y se separan de ella como pedazos de tierra que se desgajasen de un continente para iniciar su propia deriva. Paralelamente, el centro difumina sus contornos y su fuerza de irradiación se diluye. Todo ello conduce a una verdadera pérdida del centro que, en especial para los habitantes

Vista panorámica de la zona de Alcalá y la avenida de la Paz, en Madrid, España.





Zona de los Jardines de Versalles, en Francia.
Fotografía: <http://l4smininas.wordpress.com>

de la periferia pero también para todos los habitantes de la ciudad, se traduce en un sentimiento de desorientación, de marginación, de desarraigo.

Esto no es más que el reflejo, en el ámbito urbano, de una crisis cultural de mucho mayor calado. La férrea jerarquía que gobierna las estructuras centralizadas se ve sometida, en el ámbito de la cultura moderna, a un implacable proceso de erosión y desgaste. Se desmorona así la idea de un centro capaz de garantizar el equilibrio y la estabilidad del conjunto, tal como sucedía en la cultura tradicional. Ello es particularmente evidente en el campo del arte. Hay una profunda analogía entre el arte y la ciudad contemporáneos. El carácter discontinuo, heteróclito e inconcluso propio de las periferias urbanas marca también intensamente las manifestaciones artísticas coetáneas. A la ciudad fragmentada le corresponde un arte inestable e inquietante.

Verlust der mitte (Pérdida del centro). Así titula Hans Sedlmayr el ensayo publicado en 1948 en el que estudia la evolución del arte moderno como si se tratara de un proceso patológico, de una auténtica enfermedad del espíritu que surge como consecuencia de la crisis y la profunda convulsión que experimenta la cultura en todos sus frentes. Esa enfermedad se habría incubado, según Sedlmayr, durante el romanticismo para explotar

Entre Lisboa y Nápoles se suceden una serie de aglomeraciones urbanas, por lo general apoyadas en las riberas marítimas, como resultado de un crecimiento vinculado a procesos de auto organización.

y

otorgaba armonía y orden a los productos de la cultura tradicional, estaba abriendo el camino a otro modo de interpretar la realidad que se basaba en el equilibrio dinámico, en la indeterminación compositiva y en el libre juego coordinado de los elementos.

El arte moderno toma con frecuencia la ciudad como tema de representación, en la medida en que ésta refleja mejor que cualquier otro escenario la tensión y el desasosiego que corroe la vida cotidiana. Estas descripciones urbanas provenientes de la literatura, de la pintura o del cine muestran que, en gran medida, la periferia es el verdadero rostro de la ciudad contemporánea.

Valga por todos el ejemplo de los paisajes urbanos que Mario Sironi pinta a partir de 1919, en los que recrea y sublima las imágenes extraídas de la periferia de Milán. Las impresionantes composiciones de Sironi muestran la ciudad a través de algunos objetos espectrales que exhiben un radical aislamiento. El clima extrañado que preside estas pinturas, descubre la potencialidad iconográfica de la periferia. Aquí ningún elemento encarna el centro: No hay jerarquía ni concatenación, tan sólo una disposición a base de objetos yuxtapuestos, heterogéneos e indiferentes entre sí. Lo que perci-

abiertamente a principios del siglo XX. La propensión del arte moderno hacia lo inorgánico y lo irracional es, para Sedlmayr, el síntoma de la profunda angustia que asedia al ser humano. En este contexto, la abstracción es vista como el paso final de un proceso que conduce a la caída en el caos. Abstracción, pues, como desfiguración y, en definitiva, como corrupción de la realidad.

la opinión de Sedlmayr no la compartimos, pero reconocemos que su diagnóstico es coherente con su concepción tradicionalista de la que están excluidos todos aquellos valores que resultan ajenos a la visión monocéntrica del mundo con su estricta jerarquía y su carácter estático cerrado. Lo que él no llegó a percibir es que el arte moderno, al propiciar la disolución de todo aquello que

bimos es un lugar sin atributos, un espacio en suspensión que parece estar a la espera de acontecimientos imprevistos.

Este camino será también frecuentado por el cine y la fotografía. Directores como Godard o Rivette, Rossellini o Pasolini harán notables contribuciones a esa tarea descriptiva. Se trata, en definitiva, de desarrollar una verdadera topografía de la periferia cuyo objetivo es sustraerla del ámbito de lo magmático e indiferenciado para situarla en el terreno de la experiencia y de la acción cognoscitiva. Emerge así la periferia como categoría cultural específica. Desde ese punto de vista la pérdida del centro no puede ser interpretada como una simple regresión sino como el inicio de un modo de ver y concebir basado en un orden complejo.

Y así como la ciudad ha proporcionado al arte moderno gran cantidad de materiales que han sido básicos para su posterior elaboración, también puede afirmarse que el arte ha devuelto con creces a la ciudad buena parte del rédito que ésta le había otorgado. En especial la pintura abstracta ha contribuido de un modo relevante a comprender las claves de un mundo en el que ya no existen las certezas, en el que los elementos no están rígidamente supeditados a un todo sino que operan con autonomía estableciendo relaciones que no pueden ser determinadas a priori.

A través de esta analogía entre arte y ciudad contemporáneos nos damos cuenta de que no es la noción de centro lo que está en discusión sino la idea de un centro único y globalizador a la que todo lo demás queda supeditado. A partir del momento en que nos disponemos a vivir sin centro, aceptando la tensión, el equilibrio dinámico y la fragmentación como datos ineludibles que la realidad nos propone, empezamos a estar en condiciones de situarnos en el nuevo paradigma que representa el policentrismo.

El único centro da paso, entonces, a una constelación de centros que forman una estructura en red, multifocal y expansiva. La fuerza centrípeta de atracción hacia el único centro se relaja y, poco a poco, es sustituida por un sistema más abierto, regido por múltiples fuerzas centrífugas que definen un modelo de conocimiento más acorde con nuestra realidad.

La hipótesis del policentrismo

En un estudio colectivo recientemente publicado sobre las transformaciones que en las últimas décadas han experimentado algunas regiones urbanas de la Europa Meridional, titulado *La explosión de la ciudad*, el urbanista Francesco Indovina elabora una hipótesis de trabajo que está directamente relacionada con nuestro discurso. Indovina se refiere a la



Mario Sironi. *Periferia*, 1922

metropolización del territorio y bajo esa denominación engloba una amplia serie de fenómenos que caracterizan a la nueva condición urbana. Podría definirse esquemáticamente como “la tendencia a la integración de diversos agregados urbanos y de territorios de urbanización difusa (que genera) una modalidad distinta y más amplia de construir interrelaciones y interdependencias (...) una nueva ciudad”.

La metropolización del territorio comporta la presencia simultánea de dos procesos: Por un lado, la dispersión territorial de las actividades, y por otro lado, la concentración en algunos polos significativos de las funciones principales formando puntos de especialización diversificados. El resultado es una estructura territorial intensamente interrelacionada, “una ciudad de ciudades, con los polos conectados entre sí, con polaridades especializadas”, es decir, un territorio en red, que coincide plenamente con la noción de ciudad policéntrica que estamos tratando de establecer.

Llama la atención, por cierto, el hecho de que los diversos estudios agru-

La ciudad, en su materialización concreta, es siempre mucho más compleja que lo que un proyecto urbanístico pueda establecer.

pados en el libro *La explosión de la ciudad*, apenas utilizan el concepto de ciudad policéntrica a pesar de su claridad y precisión. En cambio aparece un largo listado de neologismos acuñados por la literatura urbanística del último medio siglo para designar la transformación de la ciudad: Megalópolis, Suburbia, Ecópolis, Citta diffusa, Edgcity, Global city, Postmetrópolis, Bit city, Megacity, Metápolis, etc. No obstante, la idea de policentrismo es la que mejor expresa la condición morfológica específica del nuevo entramado metropolitano y la que más claramente señala la continui-

dad con experiencias precedentes que conviene no olvidar si no se quiere perder la perspectiva histórica.

La hipótesis de la ciudad policéntrica estaba ya contemplada en los dos modelos teóricos maduros de la urbanística moderna: *Les trois établissements humains* de Le Corbusier (1945) y *The New Regional Pattern* de Ludwig Hilberseimer (1948).

Le Corbusier triangula el territorio tomando como vértices los asentamientos existentes, lo que él llama ciudades radioconcéntricas, mientras que a lo largo de los grandes ejes territoriales propone estructuras lineales en las que alterna los usos productivos y residenciales, dejando el área interior de los triángulos como suelo libre en parte dedicado a la explotación agrícola. Hilberseimer organiza una malla territorial capaz de adaptarse a las condiciones geográficas del sitio, en la que recupera, a otra escala, la forma tradicional de la *centuriatio*. Estas propuestas trataban de encarnar la noción abstracta de policentrismo en una determinada forma arquitectónica. Pero esta línea de trabajo no ha tenido continuidad.

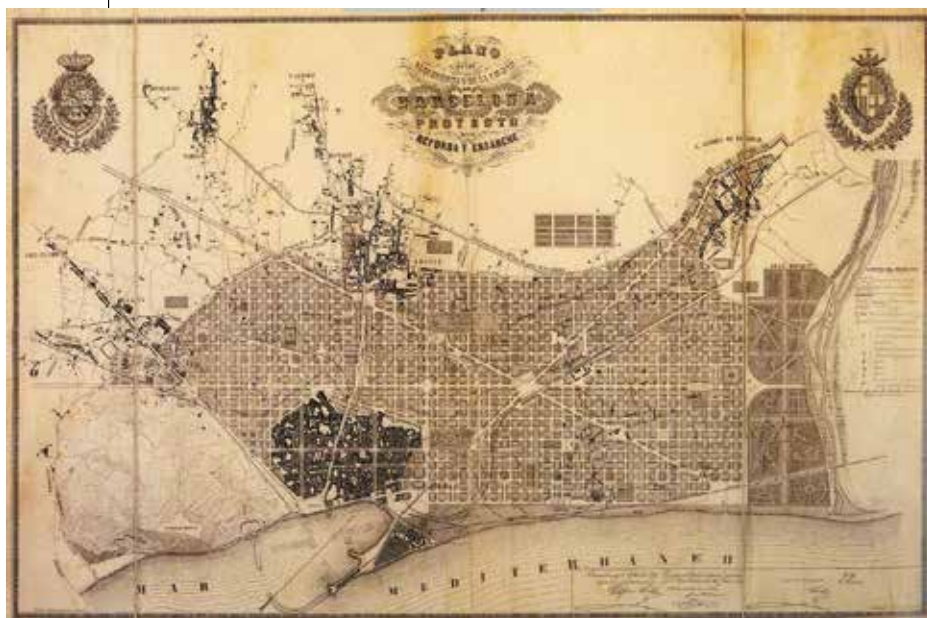
Mientras tanto, el policentrismo como forma de organización territorial se ha ido consolidando en las grandes regiones urbanas de América y Europa. Es un dispositivo que no sólo afecta a las extensas áreas de irradiación de las principales ciudades como Nueva York o París, sino que concierne también, cada vez más, a entornos surgidos de la articulación de varias ciudades pre-existentes que poseen una relativa equipotencialidad. Así ocurre en el Rhur alemán con la secuencia Bonn, Kijln, Düsseldorf, Essen, Dortmund, o en el Randstadt holandés con el anillo que forman Amsterdam, Den Haag, Rot-

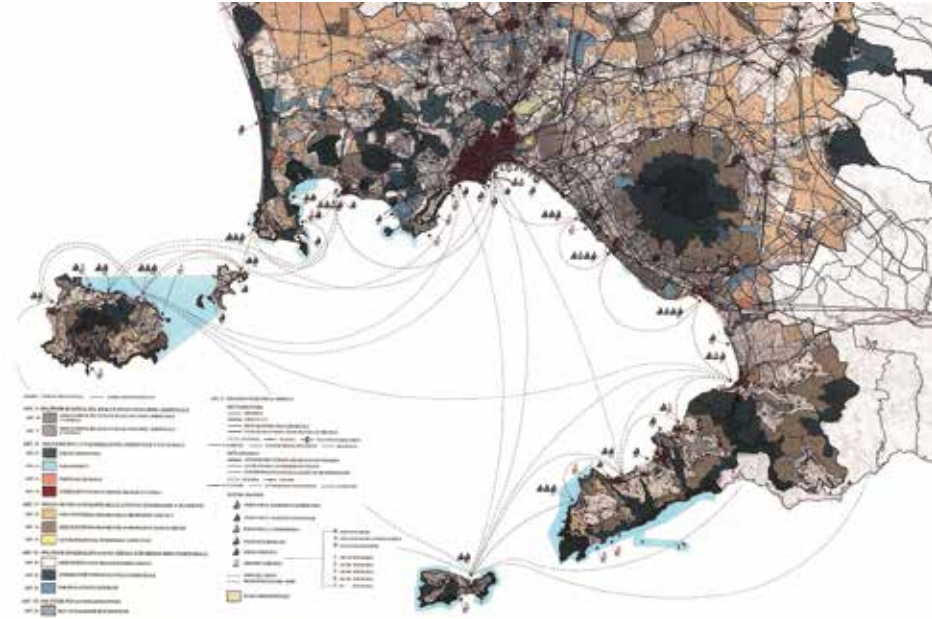
terdam, Utrech o en la región central de Inglaterra con la serie compuesta por Liverpool, Manchester, Leeds, Sheffield. En estos y en muchos otros ejemplos, nos hallamos ante una constelación de diversos polos situados a distancias que van de los 50 a los 100 km, los cuales interactúan entre sí, generando un campo de fuerzas de gran intensidad y energía.

La parte meridional del continente europeo se ha incorporado más tarde a ese proceso pero lo ha hecho con enorme vitalidad. Entre Lisboa y Nápoles se suceden una serie de aglomeraciones urbanas, por lo general apoyadas en las riberas marítimas, que han surgido como resultado de un crecimiento más vinculado a procesos de auto organización que a una planificación en sentido estricto. También en estos casos es fácil detectar la presencia de incipientes formas de policentrismo cuya consolidación es aún tan sólo una posibilidad.

En cualquier caso, como muy bien indica Francesco Indovina en la conclusión del artículo mencionado, a pesar de la importancia que tienen ¡os recursos auto organizativos en esas nuevas estructuras, “la realización plenamente eficiente y eficaz de los territorios metropolitanos sólo podrá ser el resultado de decisiones conscientes de gobierno público, de un proyecto territorial, de unas directrices, de la afirmación de un interés general”. De nuevo encontramos esa tensión entre la realidad y el proyecto que caracteriza la historia de la ciudad. El análisis cobra pleno sentido a partir del momento en que

Plano del proyecto del Ensanche para Barcelona, de Ildefonso Cerdá.





Representación geográfica de la bahía de Nápoles, Italia.

se articula con una idea general de ciudad que permita orientar en una determinada dirección sus propias fuerzas. Por este motivo, la definición de ciudad policéntrica que hoy podemos dar es, al mismo tiempo, fruto de la observación y de la imaginación, es decir, se basa tanto en la comprensión de la realidad urbana como en la capacidad que tengamos de confrontarla con nuestras aspiraciones y nuestra cultura. Desde ese punto de vista, éstos serían los aspectos más destacables del nuevo paradigma urbano: El papel decisivo del transporte público en la nueva estructura urbana. La movilidad de las personas se convierte en cuestión decisiva para la configuración de una ciudad policéntrica habitable. Se trata de superponer y coordinar diversos tipos de transporte y establecer los necesarios intercambios nodales para rentabilizar todo el sistema. El tren de alta velocidad pasa a ser un elemento más, aunque de escala superior, de esta red de transporte que liga entre sí los principales núcleos de la estructura policéntrica. Todo ello habrá de permitir la drástica reducción del uso del vehículo privado, sin disminuir la movilidad, aspecto decisivo para la sostenibilidad de los territorios urbanos contemporáneos.

La descentralización de funciones direccionales y la creación de polos especializados. Las grandes ciudades compactas seguirán siendo los puntos fuertes de la ciudad policéntrica, pero conviene que no acumulen todas las actividades centrales para aliviar la excesiva presión que se ejerce sobre ellas.

Complementariamente, deberán crearse áreas de nueva centralidad, implantando en ellas usos comerciales, culturales, deportivos, educativos, etc., a partir de una estrategia orientada al reequilibrio potencial del territorio. La puesta en valor de los centros menores y la formación de polaridades a diversas escalas. Hay que proceder a un minucioso análisis topográfico del nuevo territorio urbano para detectar todos aquellos puntos que por razones topológicas, paisajísticas o patrimoniales, puedan jugar un papel activo en el sistema de polaridades de la ciudad policéntrica. Lo importante es lograr un sistema complejo de polos a diversas escalas que, en vez de producir la homogeneización del territorio, promueva la valoración articulada de las diferencias que están inscritas en él.

El carácter estructural de los elementos geográficos como sistemas territoriales continuos. En la ciudad contemporánea los hechos geográficos más relevantes tienden a convertirse en elementos primarios de la nueva estructura urbana. Bosques, lagos, sistemas montañosos, cuencas fluviales o franjas costeras, asumen, en la nueva condición metropolitana, un papel estructurador semejante al que correspondía a los grandes ejes y a los espacios monumentales en la ciudad clásica.

**Le Corbusier
triangula el
territorio tomando
como vértices los
asentamientos
existentes, lo que
él llama ciudades
radioconcéntricas.**

La localización de las áreas residenciales no como dispersión de piezas menudas en el territorio sino como presencias fuertes relacionadas con el paisaje natural. La naturaleza pasa a ser el contexto de las nuevas implantaciones residenciales. Esto comporta la renuncia a la ocupación indiscriminada que provocan las mal llamadas casas aisladas, y a la continuidad del tejido considerado como valor absoluto de la urbanidad. Deben favorecerse, en cambio, las estrategias que den continuidad a los espacios libres, entendidos como aglutinadores del nuevo territorio urbano.

El valor del vacío como espacio a preservar y no como expectativa para la ocupación. Una de las principales propiedades de la estructura policén-

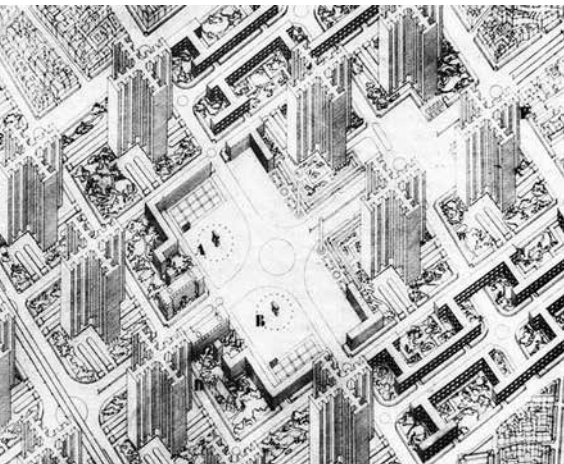
trica es su capacidad para englobar el campo como ingrediente básico de su constitución. Las grandes bolsas de suelo libre que quedan atrapadas en la red tejida por el desarrollo metropolitano deben ser valoradas ante todo como vacío, como elemento de discontinuidad y como recurso que garantiza la legibilidad de la propia estructura. Se trata de un vacío fuerte y activo, sobre cuyo fondo se destacan las figuras que definen la ciudad policéntrica; no de un vacío visto como situación transitoria cuyo destino es ser llenado.

Bernardo Secchi ha dicho que la ciudad contemporánea es una realidad cuyos elementos existen pero que precisa de un proyecto para ser completada. Yo quisiera terminar esta intervención reivindicando precisamente la importancia del proyecto urbanístico y, en consecuencia, el valor insustituible y la vigencia del plano en cuanto documento gráfico capaz de prefigurar los principales rasgos morfológicos de la ciudad a la que tendemos. Y ello a pesar de la dificultad que supone representar la ciudad contemporánea. Pero, en la medida en que seguimos hablando de ciudad hemos de poder representarla y proyectarla, aunque tal vez sea necesario

un cambio de escala y un nuevo instrumental analítico para llevar a cabo esa representación, como siempre ha ocurrido al producirse un cambio de paradigma en la historia urbana.

Pensemos, por ejemplo, en el plano de Ildefonso Cerdá para Barcelona. Y hablo aquí no tanto del Plan como herramienta de planificación, cuanto del Plano como objeto cultural que sigue teniendo un valor referencial a pesar de haber dejado ya de ser un documento operativo. Naturalmente el plano de Cerdá no se corresponde estrictamente con la realidad de Barcelona. La ciudad en su materialización concreta es siempre mucho más compleja que lo que un proyecto urbanístico pueda establecer. En muchos aspectos incluso la realidad se separa abiertamente de lo dibujado en el plano. Eso hace que el plano, como elemento autónomo, sea aún más importante en la medida que propone

La Ville Radieuse, 1935.
<http://thecarandtheelephant.com/chapter/context>



cuestiones que pertenecen tan sólo a la imaginación de la ciudad. Por otra parte, el plano de Cerdá, aun siendo una aplicación directa de su pensamiento teórico, no es un esquema abstracto sino un proyecto pensado para un territorio concreto y específico, dotado de una topografía precisa que Cerdá, por cierto, conocía hasta en sus más mínimos detalles.

Tomemos ahora otro documento: un objeto cultural de parecida importancia como es el plano de Le Corbusier para Chandigarh. En este caso aún es más grande el trecho que separa el plano de la realidad. Pero a pesar de ello, es perceptible la incidencia del plano en la construcción real de la ciudad y es fácil de entender el vínculo que se ha venido estableciendo entre ambos. Le Corbusier aplica a Chandigarh una reflexión crítica sobre su propia teoría plasmada en el modelo de La Ville Radieuse, e incorpora también su *Teoría de las siete vías* como ingrediente sustancial de la propuesta. Tampoco aquí puede hablarse de esquema abstracto. Estamos ante un proyecto concreto de ciudad que además convierte los principales elementos geográficos del sitio en una parte más de su estructura.

Del mismo modo que las grandes obras literarias amplían el campo de la experiencia humana, desarrollando la dimensión imaginaria de la misma, así también el plano urbanístico contiene virtualidades que la realidad no está en condiciones de ofrecer. Por este motivo hay que augurar que esta serie de documentos de la que Cerdá y Le Corbusier son algunos de sus últimos eslabones, no se haya interrumpido definitivamente y que aparezca el urbanista capaz de proponer un proyecto preciso de ciudad policéntrica y de representarla de un modo claro e inteligible, sin merma de la complejidad de la propuesta. Es un deseo que queda aquí formulado aunque no parece que vaya a ser fácil de satisfacer ya que el urbanismo actual hegemónico parece encaminarse por otros derroteros.

CARLOS MARTÍ ARÍS es arquitecto y doctor en arquitectura de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Barcelona, ETSAB, y profesor titular del Departamento de Proyectos Arquitectónicos desde 1992. Miembro fundador y vice-director de la revista *2C CONSTRUCCIÓN DE LA CIUDAD* durante su existencia (1972-1985), en la actualidad trabaja como redactor de la revista *DPA*, editada por Ediciones UPC.